

Las frías calles de León parecían más oscuras que de costumbre aquella noche. La luna estaba cubierta por una gruesa capa de nubes, apartándola del mundo de los hombres e impidiendo que iluminara el camino de los viajeros.

Manuel Blanco anotaba en su pequeño diario de solapas de cuero las experiencias que había tenido en los últimos días, unos arranques violentos de lo más extraño donde perdía el control sobre su propio cuerpo, en ellos dejaba de ser Manuel y se convertía en... otra cosa.

Los movimientos erráticos de su pluma se mezclaban con el sudor que goteaba de su frente, dando lugar a una caligrafía propia de un majadero redactada en líneas discontinuas que subían y bajaban sin orden aparente. Debía registrar su caso a toda costa, porque sabía que él era único en su especie.

Unos golpes en la puerta interrumpieron el extraño ritual ortográfico y provocaron que Manuel se congelara en el sitio, ¿quién osaba molestarle en una noche tan importante? Con paso silencioso se acercó a la entrada y escuchó: “Don Blanco, haga el favor de abrir, sé que está ahí dentro”.

Manuel no se movió un ápice, pero su rostro adquirió un extraño rictus. Era obvio que se trataba del alguacil, venía a por el dinero, dinero que él no tenía. Mientras maquinaba alguna estratagema, las nubes se retiraron al fin, dejando que la más bella de las figuras de la noche pudiera brillar. El trastornado hombrecillo miró la esplendorosa luna llena y esta le devolvió la mirada. Volvía a sentir ese estímulo, esa corriente eléctrica que se apoderaba de sus músculos, ese brillo que le cegaba y le daba una nueva visión del mundo.

Su cuerpo se retorció de emoción cuando una inyección de adrenalina dilató sus pupilas y agudizó sus sentidos. Ahora, sin miedo alguno, abrió la puerta y recibió al airado alguacil que reclamaba que le abonara sus 600 reales de forma inmediata. Un sonriente Manuel le invitó a pasar con una amabilidad propia de la familia real, pero con unos dientes de tiburón asomando expectantes tras sus labios.

El alguacil cruzó el umbral soltando una verborrea insoportable sobre el deber ciudadano y la importancia de cumplir con las promesas, llegando a amenazar al deudor al que ahora apuntaba con su grueso dedo índice.

El anfitrión cerró la puerta, sellando la estancia: ahora solo eran él y su presa. No respondió a ninguna de las acusaciones del acreedor, estaba concentrado en su monstruosa transformación, relamiéndose, volviéndose menos humano a cada segundo y más... Animal. Nada en su cuerpo podía alertar al guardia, la transformación era interna, la bestia estaba dentro de él y usaba su cuerpo como medio para saciarse.

La diosa lunar dio una orden y Manuel se lanzó al cuello de su desconcertado oponente como solo lo haría un perro de presa. Sus dientes se clavaron en el

pescuezo del agente y ríos de sangre comenzaron a brotar mientras este gritaba, afligido por el dolor.

Las poderosas manos del alguacil apartaron a la bestia y creó algo de espacio entre ellos. Presa y depredador se observaron fijamente. Pánico y ansia, desesperación y éxtasis, terror y hambre. Estaban sumidos en una eterna contradicción, un tira y afloja que solo se podría resolver como se hacía en la misma naturaleza, el fuerte acaba con el débil.

El alguacil blandió su porra como quien empuña un sable, advirtiendo a su adversario. Pero este ya no atendía a razones, la visión era terrorífica: Manuel estaba colocado a cuatro patas en posición lateral, como estudiando a su presa, mostraba sus dientes bañados en sangre a los que acompañaba con una mirada depredadora. El crudo aullido de la bestia dejó claro al funcionario que lo que tenía en frente, a pesar de parecerlo, había dejado de ser humano. La noche se teñía de rojo mientras la luna se volvía a refugiarse tras los nubarrones, aterrorizada por lo que su presencia había provocado.

...

Los contornos grisáceos de los nubarrones lluviosos se cernían sobre la villa de Rebordechao, el paisaje oscuro y borrascoso acompañaba a la escabrosa escena que el inspector Joaquín Castro examinaba con la atenta mirada de un lince silvestre.

– ¿Qué dicen las gentes del pueblo? –consultó el agente.

El rollizo pastor estaba de espaldas, asqueado por el sanguinolento cuerpo que examinaba el inspector. El miedo en su mirada y sus gestos de nerviosismo indicaban que no quería permanecer allí más tiempo del necesario.

– Dicen que han sido los lobos, últimamente se atreven a salir de las montañas para buscar alimento, debe ser que allí escasea –carraspeó– pero yo estoy seguro de que esto no lo ha hecho un lobo, y sé de lo que hablo que he perdido a 5 ovejas en lo que va de año por culpa de esos animales.

Joaquín volvió a dirigir su atención al cadáver, una mujer de unos 30 años destripada, cuya sangre se había mezclado con el barro, formando una costra que arropaba a la joven y le confería un aspecto grotesco. Los insectos no habían perdido el tiempo, saqueando el cuerpo como si fuera un cofre del tesoro, aunque no parecía que hubieran invitado al lobo al banquete, algo extraño dado que, supuestamente, este había sido el ejecutor.

– ¿Por qué dice que no ha sido un lobo? –siguió interrogando Castro.

– Por las marcas, son demasiado precisas. Como los cortes que hacen los médicos ¿sabe? Un lobo no se preocupa por el corte, solo mata y luego

come, y esa es otra... —el hombre tragó saliva— no hay lobo tan sanguinario como para destripar a una persona y dejarlo intacto.

La agudeza del pueblerino sorprendió a Joaquín, que había llegado a la misma conclusión. En cierto modo le alivió que no le hubieran traído a ese lugar dejado de la mano de Dios por unos ataques de animales salvajes, realmente había algo raro en todo el asunto.

Castro usó su navaja para levantar unos pliegues putrefactos en los muslos de la víctima, el agresor se había llevado algo después de asesinar. La grasa en los muslos de la víctima había desaparecido. ¿Por qué extraería algo tan concreto el asesino? La respuesta, naturalmente, estaría en la villa. Los rumores y las habladurías eran útiles para comenzar a tirar del hilo, aunque en muchas ocasiones fueran burdas exageraciones de la realidad y en otras, absurdas narraciones de hechos completamente inventados. A pesar de ello, en la campiña gallega los métodos tradicionales eran los únicos disponibles.

- ¿Era vecina suya?
- No, nadie sabe quien es, creemos que era una viajera que estaba de paso, hay gente que dice que venía con un niño, pero no hay rastro de él.

Un caso escabroso, no quedaba duda, los asesinatos en ambientes rurales escaseaban, pero daría con él en cuestión de días. La villa de Rebordechau no llegaba a los 50 habitantes, el número de sospechosos era bastante reducido.

- Bueno, no le molesto más y me voy ya a la pensión que parece que se avecina un temporal —Castro estaba deseando una buena cena caliente, no había probado bocado desde su llegada.
- Usted no molesta, inspector, al contrario, le necesitamos —su tono de voz adoptó un cariz serio y misterioso— algo extraño le ocurre a la villa, las mujeres son asesinadas, los niños desaparecen en el bosque y los vecinos enferman sin razón. Ellos dicen que exagero, pero eso es porque una ceguera les aflige.
- Sin duda alguna no hay más ciego que el que no quiere ver —Joaquín cortó la conversación, los testigos paranoicos no solían resultar útiles— haré lo que pueda, Don Navaza.

Se caló el sombrero y se despidió del pálido pastor que le observaba sin gesto alguno. Como había vaticinado el inspector, un conglomerado de nubes cubrió el cielo como un mantel blanco y dio lugar a una orquesta tormentosa que le obligó a apurarse en su paseo hacia la pensión Ruiz. Dos golpes en la ajada puerta de madera propiciaron el recibimiento de la afable anfitriona que ejercía también como cocinera.

- ¡Don Castro! Entre usted rápido que hoy parece que se va a caer el cielo —exageró la dueña del lugar mientras colgaba el abrigo totalmente calado

que portaba su cliente— espero que ese gruñón de Navaza haya sido útil, por lo menos.

Castro se colocó junto al fuego mientras encendía su pipa, la marea ígnea que comenzaba a despertar en la hoguera le permitiría entrar en calor. No le apetecía charlar especialmente, prefería guardarse esa conversación para sí, pero no podría evitar a la mismísima Sabela Ruiz, cuyas dotes detectivescas se equiparaban a las suyas.

- Está asustado, de eso no hay duda, no obstante, lo que me ha contado no son más que insinuaciones.
- Navaza es tan paranoico que cree que cualquier cosa es fruto de un mal de proporciones bíblicas. Pero déjeme que le diga que algo de verdad encierran los relatos del viejo pastor —aseguró la mujer con tono chismoso, acto seguido, se acercó a su oído y bajó la voz— fíjese, yo creo que ha sido alguien del pueblo, yo no me creo esos cuentos de que han sido los lobos.

Aunque estaba agotado, el inspector decidió mantenerse fiel a su método de prestar atención a los rumores.

- ¿Alguien del pueblo dice?
- Sí, sí, lo que oye, el viejo Figueroa ha acogido a un recién llegado hace poco, un vendedor ambulante, estoy segura de que esos dos se traen algo sucio entre manos —afirmó convencida la chismosa dama— Figueroa lleva a matar con Navaza, igual por eso le dejó el cadáver en su finca.
- ¿Y las desapariciones en el bosque, creen que han sido ellos también?
- No lo sé, pero mire yo creo que son cosa del *can do Urco*. Hay gente que dice que también son la causa de que muera el ganado, pero no tienen ni idea, los Huercos solo atacan a los humanos. Yo creo que la vileza de esos dos ha atraído a la criatura y su presencia maligna es la que está corrompiendo el pueblo.

Castro sabía sobre los espíritus malignos que adoptaban forma de perros gigantes y cornudos llamados perros de Urco, signo de mal augurio donde los haya y responsable de infinidad de atrocidades en toda Galicia, si es que algo así realmente existía. Castro era cínico como pocos, pero no quiso contradecir a la mujer y simplemente guardó silencio. No le sorprendió la superstición de la mujer, era común que en ese tipo de lugares alejados de la sociedad moderna siguieran creyendo cuentos de brujas y demonios.

La conversación se fue apagando lentamente como las brasas ahogadas del fuego que calentaba la estancia. Castro ya tenía su siguiente objetivo, había agarrado la primera hebra de ese gigantesco ovillo, ahora solo había que tirar.

A la mañana siguiente un sol imperioso se alzaba por encima de las lomas abombadas que dibujaban un puzle verdoso donde valles y bosques formaban

los brazos de la madre naturaleza, que parecía envolver a la villa de Rebordechao en un abrazo eterno.

El fulgor matutino ordenó al inspector que se pusiera a trabajar, que, después de un generoso desayuno, se dirigió hacia el local de los Figueroa. Un hombre robusto, calvo y con un pequeño mostacho canoso le dio la bienvenida a la pequeña tienda de su propiedad, un modesto negocio donde comerciaba con todo tipo de mercancías. Impolutos estantes estaban poblados por toda clase de aceites, tinta, puñales, pieles, cuerdas y demás enseres de uso común.

A pesar de los jugosos rumores que había recibido de su casera, el hombre no podía ser más anodino, ni un solo atisbo de malicia podía percibirse en aquel vendedor, de hecho, a Castro le pareció algo corto de miras. Confirmó que Navaza no le inspiraba simpatía, pero parecía ser la norma para la gente del pueblo.

Sin mucho más que sacar de aquel mundano dependiente, el inspector se proponía retirarse, cuando un hombrecillo menudo y enjuto atravesó la puerta portando una cesta de jabones. El hombre muy amablemente le dejó pasar y luego se dirigió a Figueroa con una notoria familiaridad. Aunque había asumido que era un hombre, sus rasgos le conferían un aspecto andrógino. Por su forma de hablar el inspector supuso que era el recién llegado del que le había hablado Sabela.

Castro se quedó en el umbral con el sombrero aún en su mano, meditabundo. Ese individuo, a diferencia de Figueroa, sí que tenía algo interesante. Al hacer contacto visual había visto una chispa en sus ojos, algo que delata a la gente especial. El problema era que, en ocasiones, la gente especial podía ser terriblemente peligrosa.

El jabonero pareció interpretar la detención del inspector como una muestra de que le estaba esperando. Dejó la mitad de los jabones a Figueroa y se dirigió a Castro con expresión amigable.

- Después de usted —indicó con un gesto de su brazo.

Ambos salieron y Castro ofreció un cigarrillo al vendedor mientras se encendía uno para sí.

- No, gracias, no fumo.
- Haces bien —encendió el cigarrillo al tiempo que encendía la conversación— ¿cuál es tu nombre?
- Manuel Blanco Romasanta, buhonero, guía forestal y amplio conocedor de estas tierras, a vuestro servicio.
- Un placer, Joaquín Castro —dio una generosa calada— no es usted de aquí, ¿verdad?
- ¿Tanto se me nota?

- Es por el acento, el de estos lares es especialmente particular.
- No soy de ninguna parte, realmente. Voy de aquí para allá según la vida me lleve.

El hombrecillo procedió a instalar su pequeño puesto de venta delante de la tienda de Figueroa, que daba a la diminuta plaza con la que contaba el pueblo. La villa estaba especialmente animada ese día, lo que, para ese pueblo, significaba que había unas 6 personas recorriendo el lugar.

- Supongo que está al tanto de las desapariciones de los últimos días.
- Oh sí, estamos todos consternados, ya nadie se atreve a salir de noche.
- Excepto usted, imagino.
- Sí, yo es que soy más de ramas que de sobres, fíjese que mi madre me dio a luz en un bosque.
- ¿No le da miedo que le pueda atacar un lobo?
- Sinceramente, me daría más miedo encontrarme una persona que un lobo, ellos solo siguen sus instintos, les das algo de comida y se marchan.
- He oído historias de lobos despiadados, que no matan por hambre, sino por placer.
- Solo hay un animal que mata por placer y todos sabemos cuál es — Manuel rebuscó en su cesta y sacó un jabón algo deformado, pero con buen olor— hoy he tenido algunas excedencias, tómelo.

Castro dudó un momento, no era de buen gusto aceptar algo sin dar nada a cambio. No obstante, estaba algo necesitado de jabón, el de su habitación era inodoro y algo escaso. Le agradeció y se marchó de allí mientras sostenía el objeto. “Interesantes respuestas, señor Romasanta” pensó el inspector.

...

Los días pasaron y el otoño ennegreció el ambiente rural, las desapariciones pararon repentinamente con la llegada de Castro, pareciendo que hubiera obrado un milagro. Los vecinos se mostraron agradecidos a un hombre que, a pesar de sentir alivio por el cese de los crímenes, sabía que estos no habían parado porque el culpable hubiera sido detenido, sino que era más bien un breve armisticio que les concedía el asesino hasta que encontrase a una presa fácil.

Castro tenía varias teorías, ninguna involucraba a lobos salvajes, eso estaba descartado. El punto de mira del inspector estaba centrado en Manuel Blanco, ese extraño personaje que afirmaba sentirse más cómodo entre animales que entre personas y que desaparecía repentinamente durante semanas con explicaciones cuanto menos cuestionables.

Además, solía guiar a gente a los bosques de la que luego no se volvía a saber nada, cuando sus familiares preguntaban por ellos, Manuel Blanco les entregaba una carta donde explicaba su ausencia con alguna excusa extraña.

Por mucho que su instinto le asegurará que él era el responsable de las desapariciones, a la hora de la verdad carecía de evidencias. Había explorado el bosque tratando de hallar restos de sus crímenes, pero no había tal cosa. Empezó a pensar que su presencia como policía era contraproducente, Blanco sabía que estaba siendo vigilado y por eso extremaba la precaución. No mataría a no ser que tuviera una oportunidad muy clara. Después de mucho deliberar, tomó una decisión.

El inspector reunió a los vecinos en la plaza, maletas en mano, para comunicar que se marchaba del pueblo, puesto que los crímenes habían cesado y su presencia ya no era necesaria. Los vecinos no lo tomaron bien, habían empezado a ver a Castro como una presencia pacificadora y milagrosa que alejaba el mal de sus casas. Le insistieron de forma efusiva que se quedara, incluso llegó a ser amenazado por algunos de ellos que aseguraban que el *can do Urco* volvería a por sus almas.

El funcionario del ayuntamiento que se encargaba de la administración de la villa trató de poner algo de orden y aseguró a las gentes del municipio que no había nada que temer, si ocurría algo el alguacil se encargaría de solucionarlo. Manuel Blanco observó estupefacto la escena y se acercó al detective, al que entregó otra pastilla de jabón, una en muy buen estado, asegurándole que invitaba la casa y deseándole un buen viaje de vuelta.

Con la marcha de Castro, los monstruos podían dejar de esconderse y Manuel Blanco se relamió con cada paso que el inspector daba para alejarse de la villa. Un rumor apagado cruzó el ambiente como un alma en pena. El rostro de los vecinos ennegreció y una paranoia colectiva les asaltó, instándoles a regresar a sus hogares y a cerrar con llave.

Al día siguiente, una mujer y su hija adolescente llegaron al pueblo entre vendedores ambulantes y viajeros de paso, parecían buscar ayuda entre los huraños lugareños, sin mucho éxito. Probaron suerte con el enjuto vendedor de jabones que las embelesó con su presentación como guía de los perdidos y como el mayor conocedor de la espesura gallega en todo Orense.

Las féminas deseaban cruzar hacia Villar de Barrio, un municipio que se encontraba atravesando el bosque. Manuel les aseguró que la travesía con él como acompañante sería más que sencilla y además les ofreció su cabaña como resguardo por si los *Nuberios* decidían desatar un temporal.

Las agradecidas mujeres siguieron a Blanco hacia el conglomerado de árboles frondosos que amurallaba la villa. A ningún vecino le extrañó, era habitual que Manuel ejerciera de guía con los viajeros a cambio de una pequeña comisión.

Blanco iba delante marcando el paso y cortando ramas que pudieran ser un obstáculo mientras les contaba a las mujeres sus historias como nómada sin remedio. El sol decidió que su trabajo estaba hecho y le cedió el puesto a la luna, una creciente, que comenzaba a teñir el cielo de un azul oscuro donde las estrellas empezaban a asomar.

La piel de Manuel se erizaba solo de la emoción por su inminente transformación. Sabía que la cabaña estaba cerca y que solo entrar en su pequeño santuario de demencia sería un estímulo suficientemente poderoso como para no poder contener al lobo en su interior.

Un chirrido oxidado llamó la atención tanto de Manuel como de la madre. La hija, que iba en último lugar, había decidido jugar a dar un rodeo saltando entre la maleza, pisando una trampa para lobos en el proceso. Un aullido de agonía salió de la joven y ríos de sangre trazaron curvas en su rodilla. La madre se acercó tratando de abrir el cepo que atrapaba a su hija mientras gritaba de desesperación, pidiendo ayuda a Manuel. Sin embargo, las inocentes viajeras estaban a punto de ser conscientes de que habían escogido como guía y protector a la peor de todas las bestias.

El olor a sangre entró por las fosas nasales de Manuel, acelerando su flujo sanguíneo y retorciendo todas sus extremidades. Se colocó en posición de caza, a cuatro patas y con el cuerpo arqueado hacia adelante, mostrando unos dientes que centelleaban con la luz lunar. De un salto se abalanzó sobre la madre y clavó sus colmillos en su terso cuello, ahogando sus gritos.

El grotesco ritual fue interrumpido cuando Manuel captó unos crujidos provenientes de la maleza detrás de la joven, que gritaba ya no por el dolor, sino de puro terror. Manuel se puso en alerta y casi pudo ver el disparo que rozó su cabeza e impactó en la tierra.

El inspector Joaquín Castro salió de los arbustos arma en mano y maldiciéndose por no haber intervenido antes. Manuel Blanco rugió y se lanzó hacia el nuevo objetivo que amenazaba con quitarle a sus presas. La embestida tiró la pistola a un lado mientras ambos forcejeaban, Castro trataba de sujetar la cabeza de la bestia mientras esta clavaba sus uñas en el pecho del inspector. Una patada en el vientre lanzó al jabonero contra un arbusto y Blanco aprovechó para recoger su arma.

Al apuntarle, solo encontró oscuridad. Escuchó pasos sigilosos detrás suyo y se vio a sí mismo cazando perdices con su padre. Era algo parecido. Seguir los sonidos, predecir el movimiento y disparar. Se giró y, sin dudar un segundo, abrió fuego.

Un gruñido salió de la maleza y la bestia se alejó, herida. Castro inició una breve persecución, pero rápidamente se dio cuenta de que sus fuerzas le habían abandonado, por lo que decidió desistir. Liberó a la niña y la llevó en brazos al

pueblo, no tenía miedo de que Blanco volviera a por él, sabía que al fin y al cabo era un cobarde.

Pasar un día escondido en el establo de Navaza no había resultado agradable, pero era necesario para contar con el factor sorpresa.

La conmoción dominó al pueblo esa noche, especialmente a Figueroa, cuyo protegido había resultado ser el asesino. Castro, acompañado por vecinos furiosos se dirigieron a la cabaña a rematar a la criatura, el lugar más probable al que habría ido para recuperarse.

Se encontraron con una estructura anciana equipada con todo lo necesario para hacer jabón a partir de grasas animales. Sin embargo, en sus diarios encontraron que la proveniencia de esas grasas era principalmente humana, de las personas a las que había guiado a través del bosque para luego asesinarlas. A Castro le recorrió un escalofrío por haberse lavado con esos jabones de tan monstruosa fabricación. Se desharía de ellos al llegar a casa.

Un surtido de todo tipo de utensilios apropiados para realizar autopsias poblaba las repisas de madera distribuidas por la cabaña, parecía que no se traía los cuerpos a casa, sino que, una vez sacaba la grasa de ellos los dejaba donde los lobos pudieran dar buena cuenta de su carne, ocultando el crimen.

También hallaron las cartas que supuestamente habían escrito las víctimas en las que explicaban con lujo de detalles las razones por las que habían desaparecido sin dejar rastro. Una forma de engañar a los familiares empeñados en encontrarles.

Los diarios contaban todo el proceso de descenso a la locura de Manuel Romasanta. Desde creer que sufría de alucinaciones a aceptar su condición de, lo que él llamaba, "licantropía mental". Una vez recogidas las evidencias, el inspector volvió a Coruña, donde puso una orden de busca y captura para Manuel Blanco Romasanta, descubriendo en el proceso que ya existía una orden similar emitida desde León. "Un cabrón escurridizo" pensó Castro.

El inspector se lanzó a cazar al lobo, buscándole por toda la península con ayuda del resto de los oficiales de policía, que ahora conocían la identidad y aspecto de este peligroso individuo. Manuel Romasanta demostró una gran habilidad para escapar de las fuerzas de la ley, sin embargo, era cuestión de tiempo que le atraparan y él lo sabía.

Finalmente, el 2 de julio de 1852, llegó a los oídos del inspector la noticia de que habían detenido a Manuel Romasanta en Allariz, Toledo y que iba a ser juzgado al día siguiente. Por nada del mundo se iba a perder ese acontecimiento, así que se desplazó solemne y victorioso a la provincia castiza para este fin.

El esperpento que presenció en el juicio le pareció digno de una obra de Valle-Inclán. Romasanta verbalizó la historia de su transformación en lobo, en la que

siempre conservaba su aspecto humano, pero que le hacía perder el control de su voluntad, matando por instinto como un animal, en este caso un lobo salvaje.

El juez de Allariz, como es lógico, no creyó una palabra de la descabellada declaración del acusado y le condenó a la pena capital por garrote vil. Sin embargo, esta esperada ejecución tuvo que esperar. La defensa de Romasanta trajo a un psiquiatra de dudosa formación y presentó un recurso usando como base la intención del doctor de investigar el caso de Manuel.

La reclamación llegó a la mismísima Isabel II, que, para perplejidad de Castro, le dio la razón y condenó a Romasanta a cadena perpetua para permitir que fuera estudiado por el psiquiatra. Este dejó el caso como un ejemplo más de que la justicia es ciega, pero, de vez en cuando podía abrir los ojos si un monarca lo consideraba oportuno.

Una calurosa tarde de junio de 1863 la noticia de la muerte de Romasanta llegó hasta el inspector. Una muchacha, la misma que el Castro salvó del licántropo y cuya madre falleció aquel día, fue la que empuñó el arma que acabó con Manuel Blanco. Nadie sabe como entró en la celda, dicen que era como un espíritu movido por la venganza.

Romasanta ni siquiera le preguntó su nombre cuando lo hizo, pues sabía que era la misma Parca quien venía a por él. Había acudido al fin a llevar su alma a los infiernos a los que pertenecía. Su tiempo prestado se había acabado.